



XL.

AGUA!

La prisión y tribunales de Belén, a pesar de su adulterada homonimia (Betlehem), no tienen de judaico más que la sórdida multitud que los puebla. Es "el antro de la chicana," hubiera escrito Balzac. No de la chicana civil que tiene su asiento en la calle de Cordobanes, sino de la chicana criminal que juega con honras y penas.

En aquel tiempo no se había llevado a cabo la transformación parcial que ha modernizado, en el vetusto caserón, oficinas y fachadas. Todo era tétrico, no sólo mazmorras, galeras y patios, escuela de perdición con pupilaje gratuito y ocioso, con profesores y aprendices de acanallamiento; sino también las oficinas, covachas mal olientes en que covachuelistas de negra con-

Capítulo XL

ciencia oficiaban, enjaulados, al abrigo de rejas. . . . Tras de los barrotes férreos de una de tantas, apareció Velázquez, verdioso el rostro, un bigote enhiesto y el otro caído a fuerza de tirones, la corbata mal prendida a un cuello ajado, de mugrientos ribetes, semejante a Arroyo cuando él mismo le sometiera a tentación reciente.

La broma le salía pesada. Había esgrimido la política como un cuchillo y la política le respondía con rejonazos. La Cámara de Diputados entraba en el lío, interpelando al Ministro de Gobernación sobre la responsabilidad del “linchamiento.” El Ministro descargaba su conciencia sobre la Judicatura. Personificada por Marchena, juez en turno, la Judicatura exclamaba: “Ah! ¿Con que sí? ¿Ahora sí es de veras?” Satisfecho el juez de saber que podía apretar los tornillos de la ley a un reo aparatoso, se los apretaba con nutrido cuestionario.

Asido Velázquez a la ficción con más fuerza que al enrejado, renovaba su cuento de “conspiración anarquista,” “linchamiento popular,” etc. Bruscamente se sintió sofocado y sediento: “Agua! Que me traigan un médico! Carriles, Penequez” . . . otras eminencias.

Todas ellas se declararon demasiado ocupadas con la clientela rica para poder acudir al llama-

do de un ex-Inspector que llevaba trazas de no perder el *ex*. Sólo Sergio, médico sin eminencia, llegó a visitarlo.

Era la mañana del tercer día de prisión del encausado. Se había levantado tarde, y a las diez acababa un chocolate con molletes, pitanza excepcional de presos distinguidos. La pieza en que se alojaba era un gabinete de la alcaldía con pretensiones de sala de recepción, esbozo de estrado, mesita *guéridon*, piano decadente y tapetes rapados. Se había descombrado un ángulo para poner un catrecito; una rinconera fué sustituida por aguamanil. . . . tal parecía, como si la familia del alcaide hubiese improvisado la sala en alcoba con el fin de albergar por unos días a un pariente fuereño.

En los muros, espejos y cuadritos, el busto de un Juárez de barro en una repisa, cerca del catre; al lado un Cristo, abriendo sus brazos de ciruelo en el travesaño de ocote. . . . Luengo tiempo hacía que el Juárez estaba allí; el Cristo acababa de ser colgado por Doña Mercedes, la alcadesa, al preparar el cuarto para el preso. En su afán de desendiablar el lecho del acusado con una efigie piadosa, la buena señora no paraba mientes en que, con el busto y el crucifijo, yuxtaponía la Iglesia y la Reforma.

Entró Sergio. Su curiosidad de psicólogo le aguijoneaba a examinar cómo se contraía, bajo la presión, aquella pasta de hombre. La noche había sido mala para el reo. La pasó agitado, removiéndose en el angosto catre. Pero los molletes le reconfortaron. Saboreaba, al hablar, partículas residuales de mollete y soconusco.

—No creo que podré salir pronto de esta *trinquetada*, doctorcito. La cosa ha venido *de arriba*; se fraguó en el Ministerio de la Guerra...

Y hubiera seguido ensartando dislates si no lo detuviera la mirada muerta del Juárez de barro. Desde el primer día de prisión sintió que el gran indio le miraba severamente. Aún bajo el subdelirio, percibió en sus labios la palabra que le atormentaba de continuo: “asesino.”

—Ese sí que mató pelados! exclamó designando el busto.

—Hizo matar invasores y traidores, replicó Sergio patriotero.

—También a otros pobres; allí cerca, en la ciudadela, hizo acribillar montones.

—Esos pobres eran presos de aquí, de Belén, puestos en libertad por los rebeldes. Se encontraron ricos de armas y de parque. Había cierta diferencia entre ellos y Arroyo.

Por la mente de Velázquez pasaron las balas,

los fusiles y otros pertrechos homeopáticos del escritorio dictatorial. Al punto volvió los ojos al Cristito y palideció.

¿Cómo es que descubrió en él la cara misma del linchado, su mirada agonizante en que leyó de nuevo el terrible vocablo “asesino”?—Que lo expliquen los que descubran la telepatía sin hilos de las halucinaciones.

—Ese santocristo, con su cara levantada, me está *cargando*. ¿Porqué lo han hecho así, doctor? Debía tener la cabeza caída, como todos los Cristos que se están muriendo.

—Es que hay Cristos erguidos, observó el galeno: uno de Rubens, el de Rochemagrose. . . . Son Cristos que hablan.

—Piden agua!

—*Sitio*.

—¿Qué es eso?

—Así canta la Vulgata. Tengo sed.

Aquí el ex-Inspector sintió un *aura* (que dijera Sergio en su galimatías), algo como viente-cillo interno, precursor de un acceso hístico-epiléptico, en forma frustra. La cabeza hacia atrás, la nuca en espasmo, la boca desviada; crujieron los dientes y hubo en los labios trazas de espuma. A no sostenerlo Sergio, hubiera el preso caído de la silla. Luego se puso de pie, en un es-

fuerzo por inspirar el aire que zumbaba en su convulsa glotis.

—Sed! Yo la tengo, doctorcito. . . . Agua, mucha agua!

—Se la voy a dar.

—No lo diga, que me espanta. ¿Sabe lo que es dar agua a un preso? ¿Qué caray! Si me irá a pasar.

Y apuró el vaso que le tendía el médico de la 5ª

A la curiosidad que allí lo había llevado, sucedió en Sergio una reacción de piedad mezclada de remordimiento. Se reconoció en presencia de un verdadero enfermo. ¿Y cómo pudo él, médico de pobres, atormentar al paciente con redoblados pinchazos espirituales? No cuadraba por cierto a su oficio el provocar crisis, sino el impedir las, serenar, consolar. Se tornó en dulce, hizo uso de palabras afectuosas, como de un calmante preparado en la moral farmacopea. Prometió al preso venirle a ver de nuevo.

—Venga, sí, doctor; venga esta noche. Es triste Belén de día; pero desde que empieza a oscurecer, es horrible. Necesito un amigo. Todos se han ido.



XLI.

MÁS AGUA!

Según lo prometido, volvió Sergiό a Belén el mismo día, a las ocho de la noche. Encontró al ex-Inspector en un estado de profundo abatimiento, sucediendo a una nueva crisis. En el interrogatorio de la tarde, el juez instructor Marchena había "acorralado a los fautores," al decir de un leguleyo. Los lobos mayores Vicencio, Mauro Sánchez, Cabrera; los menores Noriega, Huinzardt, Pardavé, etc., toda la camada cogida en las mayas dialécticas del perito acorralador, se puso a aullar en un solo tono. ¿Qué sumisión al lobo delantero, qué disciplina tan estrecha! "Yo hice que *le dieran agua* a Arroyo porque me lo dijo Don Eduardo."—"Y yo se la di, porque me dijeron que él lo decía." Quedaba só-

lo por averiguar si aquella disciplina de brutos se pondría al servicio del orden para asaltar una trinchera.

Bajo la férula de cómplices y esbirros, acosado por la inquisitoria, “picado de gallos y gallinas” según su propio decir, Velázquez se retiró a su habitación, inseguro de piernas, en estado tal, que Sergio lo creyó de ebriedad intensa. Pero pronto reconoció el médico que el subdelirio continuaba con poco alcohol (tres coñaquitos en todo el día) y mucha agua. Ya consumida la dé un botellón, en un acceso sediento, se echó Don Eduardo sobre la provisión del lavabo, bebiendo a boca de pichel, mientras salía Sergio para pedir a Doña Mercedes otra potable.

—“Que me quiten a Don Benito! Que se lleven al Cristo!” vociferó el ex-Inspector, viendo aparecer a la mayordoma con un cubo.

—Le echaremos un velo al Juaritos, si no lo quiere ver, respondió Doña Mercedes; pero sacar al Cristito. eso no, Don Lalo, ni por una de estas nueve cosas. . . .

En ausencia del médico de cárcel, prestó Sergio al acusado los cuidados de su arte. En una de sus excursiones a la botica, se sintió invadido por una ráfaga hedionda que venía de la cárcel. La multitud aprisionada le envió el fétido alien-

to, cargado de malas simientes, que brota de los estercoleros humanos en fermentación.

Administró a Velázquez una poción hipnótica que no tardó mucho en proporcionar a su excitación una tregua de calma. Le puso el termómetro, sin que acusara elevación. Se lo aplicó a sí mismo y reconoció que era él el calentamiento.

Invertido su papel de médico por las exhalaciones pestilentes, salió enfermo de Belén—antro de la Chicana y también del Tifo.



XLII.

VENGANZA Y TIFO.

Dos días después, por la mañana, Pedro Flon estaba de guardia en la 5^a. Cuando sonaron las nueve, dos detenidas, moviéndose a gatas por los suelos, terminaban el aseo de la Sección. Los trapos mojados recogían excrementos de ratas, vómitos de ebrios, sangre de heridos, y sumergían luego toda esa porquería en el agua ya saturada de lo mismo.

Inatento a las desgredadas fregonas, el practicante supernumerario leía los periódicos de la mañana, "El Justiciero," la "Vindicta" y algunas hojas de circunstancias ardiendo en comentarios sobre el magno escándalo. . . .

"¿Para qué sirve la policía?—Para llevarse a las mazmorras a algún ciudadano diurético que orina en un rincón descubierto, por falta de min-

gitorios.—Para impedir que la víctima de una agresión o el atropellado por tranvía se vayan a curar a su casa y obligarlos a pasar por una primera curación consistente en actuaciones al-guacilescas. Entretanto, mendigos asquerosos y rateros procaces se enseñorean de las aceras. Los vagos triunfan. No hay un gendarme que se los lleve a trabajar. Sólo cuando alguno se agita, y en un loco acceso tira el sombrero presidencial, surgen los Velázquez y Vicencio es-grimiendo la adulación y los cuchillitos.”

—“Bravo! Qué buena loa!” exclamó Flon tre-molando a modo de bandera la gaceta efimera, acabada de nacer, destinada a morir en breve por su veracidad tremenda. En su fuero inter-no, el estudiante experimentaba intensa fruición de ver al gran polizonte que fué su Jefe efectivo, vapuleado por la prensa, perdido en política. ¿No era él quien tenía la culpa de su estanca-miento como supernumerario crónico?

—Hola! Floncito, buenos días. . . . ¿Qué le pa-rece? Velázquez está al borde. No hay más que darle una trompadita para que ruede por los abismos sin fondo. Es la hora de vengarse. ¿Qué conjugación más dulce!. . . Yo me vengo, us-ted se venga, Arroyo se venga, el padre Don Manuel se venga. Todos nos vengamos. . . .

Venganza y guerra resonó en su tumba,
Venganza y guerra, repitió Moncayo,
Y al grito heroico que en los aires zumba
“Venganza y guerra,” claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero.

—Basta! clamó Flon interrumpiendo brusca-mente a Elvira Resendis, porque no podía ser sino ella quien así entraba en la Sección des-granando al eximio Quintana.

—Yo no entiendo de lírica, prosiguió el prac-ticante. Soy positivista, augustiano-contiano, aunque nunca he podido entender cuatro ren-glones seguidos de Don Augusto Comte.
¿De qué se trata?

—Se trata de una epístola que le vamos a disparar.

Diciendo y haciendo, la joven mecanógrafa solicitó y obtuvo la vieja Remington de la ofici-na. Frente a la máquina, instalada en el escri-torio de la Sección, Elvira formuló su pen-samiento.

—Hay que decirle que le vamos a echar enci-ma a Yepes, el licenciado Yepes, para que *le acumule* a su causa la muerte del padre Don Manuel.

—Cáspita! Acabemos pronto, porque no tarda en llegar el jefe Sergio, y si nos sorprende en éstas!. . . .

En diez minutos quedó lista la epístola conminatoria, al calce de la cual puso Elvira su abreviada firma con el ademán vengador de una Némesis escapada de la Canoa. Puesta bajo un sobre, fué luego encomendada al auxiliar 49 que presentaba, entre sus colegas, signos de menor empulcamiento.

—Echatela al seno!

El 49 obedeció esta orden *sui generis* de Flon, abriendo la blusa, la camisa y la camiseta para meter la carta en un fondo oscuro e hirsuto. Su traje de auxiliar le daría acceso a la Alcaldía de Belén y hasta el aposento del Inspector. Viéndole partir, Elvira fraseaba rimas mentalmente. Al fin estalló en un dístico:

“Es su lóbrego pecho relicario
En que lleva la hiel para el sicario.”

Apresuróse Flon a levantar el campo. Hizo retirar la máquina, dijo adiós a la poética maquinista y, en espera de Sergio, se puso a redactar los últimos certificados. Pero dieron las doce y media, hora más allá de la cual no solía retardarse el jefe Sergio, y éste no llegaba. . . . Entonces recordó el estudiante que la víspera le había visto indispuerto, atacado de fiebre ligera. ¿Habría caído enfermo? Un recado escrito vino a responderle afirmativamente:—“No pue-

do ir a la Sección; estoy en cama con cerca de 39°”

“Tengo algo urgente que recomendarle,” añadía el recado. Por lo cual, aquella noche, apenas pudo Flon ser relevado del servicio, se encaminó a la casa de su amigo y superior, en cuyo aspecto vultuoso reconoció luego la marca de una infección grave. El enfermo mismo no se hacía ilusiones.

—El tifo! Yo me creía vacunado con tantas visitas a las vecindades. . . . Lo que más siento es que me ataque cuando tenía que cumplir un compromiso de conciencia. . . . en Belén. . . . y lo he llamado a Ud. para que me haga favor de reemplazarme.

—¿Qué compromiso? preguntó Flon.

—Acompañar y prestar cuidados a ese pobre Velázquez. Usted lo hará por mí. . . .

—Imposible, señor. ¿No sabe usted que soy su enemigo?

—Yo también lo era. Pero para los médicos y los que van a serlo, no hay enemigos cuando las circunstancias nos ponen en el caso de servirles.

Había que ir. La súplica del superior enfermo, adquiriría la fuerza de una orden irrevocable.



XLIII.

LA CONFESIÓN.

Mientras tanto, allá en Belén, se libraban los últimos asaltos judiciales para arrancar la confesión a Don Eduardo. Aquello revestía el aspecto de una lucha por los empleos. Escribientes, secretarios, juez, se agitaban en busca del avance que tendrían si “hacían cantar al reo;” el cual a su vez disputaba palmo a palmo el terreno ficticio de su rehabilitación para empleos nuevos. Lucha vital entre amamantados de la Hacienda pública, obstinadamente adheridos a la ubre nutritiva. . . .

Acechaba Marchena, juez instructor, el momento crítico en que Velázquez, agotado, se abandonase a una franca expansión, rarísima en su doblez habitual. Para provocarla, decidió

poner en juego su más sutil dialéctica. Venía la noche. Al sumirse en la sombra, la prisión, de mustia que era, se ponía lúgubre. Marchena contaba con la tristeza de la hora para reforzar la argumentación que preparaba frente al preso, en el cuarto de la Alcaidía.

—¿Qué pena cree Ud. que me corresponde por esta trinetada? preguntó el ex-Inspector.

—“La pena de muerte;” y Marchena, con ojo atento, escudriñaba, en el semblante de su interlocutor, el efecto deprimente que le producía la terrible respuesta.

—A no ser, añadió que Ud. confiese. La confesión absuelve; no es pura invención religiosa. Lo que salvaría a Ud. sería que apareciese como obedeciendo a cualquiera convicción exaltada, fanatismo por una idea o por un hombre. Pero si niega su intervención como autor, es que no existe tal convicción ni tal fanatismo.... Escuche Ud. las lecciones del pasado. . . . (Aquí Marchena se sentó frente al reo como para un acto de hipnotización oratoria.) De Diomedes, guerrero griego, se lee en la Iliada que, persiguiendo al espion troyano Dolón, lo mata de un lanzazo cuando ya se había rendido, desarmado y temblando. Pero Diomedes no lo niega; lo declara altamente. . . . Si negara, resultaría asesi-

no. Confesando, se eleva al fanatismo patriótico que corta una vida, no importa de qué modo, con alevosía y ventaja, por salvar la flota griega en peligro. . . .

Aquí Marchena posó su mano sobre el hombro de Velázquez alelado, y siguió:

—Otro asesinato noble: en Francia, bajo Luis XIII, un italianito ambicioso, apellidado Concini y que tomó el nombre de Mariscal d'Ancre llegó a dominar en la corte hasta substituir su voluntad a la del mismo Luis XIII. Una conspiración se organizó para librar al rey demasiado joven, de la tutela del intruso. A la cabeza de los conspiradores estaban muchos gentilhombres franceses, entre quienes descollaba el marqués de Vitry. Cierta mañana, a la sazón que Concini entraba al palacio del Louvre, preocupado con la lectura de una carta, cayó muerto a balazos sin que hubiese tenido tiempo de oponer la menor defensa. . . . Fué un verdadero asesinato.—¿“Quién lo mató”? gritó desde una ventana la reina madre, María de Médicis. El marqués de Vitry pudo eclipsarse diciendo: “Fueron mis guardias.” Pero no! El mismo respondió a la reina: “Yo lo maté, de orden del Rey”. . . . No era cierto. El rey no había dado ninguna orden; mas, en presencia de tanta franqueza,

aprobó el hecho consumado gritando desde otra ventana: “Mil gracias! Ahora sí que soy Rey!”

—¡Qué caray! dijo Don Eduardo pasmado, mientras Marchena le acercaba la mano al rostro como para un pase magnético.

—Ahí tiene Ud. lo que puede una confesión en regla. Y si venimos a la época actual, sucede lo mismo. Crímenes y más crímenes, redimidos por buenas intenciones sostenidas. Mire Ud., por ejemplo, el caso del Doctor Koch. ¡A cuántos ha matado con su linfa antituberculosa! Verdaderos asesinatos científicos por salvar a la humanidad bacilaria. Pero no niega; cuando se le presentan las víctimas, las reconoce como suyas, es decir, de su linfa. . . . ¡Ni quien lo toque! Es un confeso.

—Se lo diré todo, exclamó Velázquez, conmovido al parecer por estas y otras razones semejantes. Y plantó en la frente de su juez un beso que circuló luego en gacetillas y crónicas admirativas. ¡Qué talento de Marchena! Se hizo besar por el reo gemebundo, al mismo tiempo que le arrancaba la confesión, como un molar del alma.

La verdad es que la confesión se hizo esperar todavía. Invitado por el juez a declarar en el Juzgado, no se apresuró Velázquez a seguirle.

—Este juez me ha dado la gran lata ¡qué caray!

Se produjo una reacción irónica en argot zarzuelesco:

“Todo ese *intrínquilis* de Diomédés, el marqués de Vitry, el Doctor Koch. . . . puro jarabe de pico. . . . no diré nada!”

—Que te espera el juez, muchacho!

Le hablaba el alcaide, viejo militar retirado que, habiendo conocido a Velázquez muy joven, creía cumplir un acto de buena hospitalidad empleando para con él ese tratamiento familiar. Y agregó:

—Ah! También te espera un auxiliar de la 5ª Comisaría que te trae un recado. Ya lo verás al paso, muchacho!

Efectivamente: andaba el 49 merodeando en los pasillos de Belén a donde llegaba al fin, desde su partida matutina. . . . Escala en varias pulquerías, cuarentena en la puerta de la prisión, libres pláticas con los janitores al reverberar de los cerillos y cigarritos. . . . todo culminando en la arribada al pasillo de comunicación entre juzgados y alcaidía. Por allí iba Velázquez hacia la *reja* mascullando: “¿Qué le he de decir? No le diré nada!”

—Oiga, jefe! Aquí le traigo esta carta, de la 5ª”

Salió del “lóbrego pecho” la misiva que fué leída por el preso a la luz de un farol. En otras circunstancias, aquellas líneas de mecanógrafa, aquel amenazar con el varapalo espinoso de un “huizachero” le hubieran producido algo como el cosquilleo de una mano traviesa. Entonces, le pareció que la histérica de la Canoa, le salía al paso repitiendo su grito acusador.

—“Otra! murmuró el preso; si yo no maté al fraile. . . . Que no me cuelguen esa. Murió de borracho. Se las ponía. . . . Ah! sí que se las ponía!”

Estrujó la carta y se la metió a un bolsillo del pantalón en que su mano tropezó con un bultito.—Era el bulldog de cinco tiros.

Llegó a la reja oprimiendo convulsivamente la invisible armita. Declaró:—“Yo mandé matar a Arnulfo Arroyo.”



XLIV.

EL SUICIDIO.

Pedro Flon había leído “Los Miserables” y el recuerdo del comisario Javert estaba fijo en su espíritu al lado de Juan Valjean. Recordaba particularmente aquel capítulo bajo el epígrafe “Javert descarrilado” en que Víctor Hugo describe con su más terrible estilo la batalla que se libra en la conciencia del gran polizaico entre la ley y el sentimiento. La ley le mandaba que aprehendiese a Juan Valjean; el sentimiento que lo soltase. Lo suelta y se echa él mismo al Sena, solución acuática que no resuelve nada: ni que la ley fuese mala ni que el sentimiento fuese bueno.

Pero en el alma juvenil de Flon, esta zambullida mortal del comisario Javert guardaba todo